

Crisis de Gobierno

La crisis de Gobierno es un hecho. Ya nadie la niega, aunque, en base a intereses contrapuestos de distintas fracciones de la derecha, unos la reducen a una simple remodelación ministerial y otros la magnifican hasta una dimensión estatal. Pero fuera de las conveniencias políticas que subyacen en este análisis corto o largo, parece obvio que estamos en vísperas de un mero reajuste gubernamental como paso previo a una reorientación en profundidad de las orientaciones y directrices de Unión de Centro Democrático. Nada inesperado, como señalábamos hace un mes, tras la impresionante manifestación sindical contra el Estatuto impuesto por UCD, porque la política del Gobierno venía oscilando —desde esta primavera— entre un centro-izquierda anticomunista y un centro-derecha antidemocrático. Para asombro de algunos ingenuos o interesados que creen o fingen creer que la crisis era imposible por no encajar en los mecanismos formales parlamentarios, como si el Parlamento pudiese ser algo más que un simple reflejo de otros poderes, la crisis estaba, está y estará ahí hasta que encuentre una salida definitiva.

Dos datos públicos, sin recurrir a los numerosos rumores "underground" existentes, explicitan ampliamente la tensión interna que vive el partido gubernamental. Según escuetas notas aparecidas en los medios de comunicación, Adolfo Suárez recibió a Manuel Fraga en una larga audiencia y Francisco Fernández Ordóñez pidió que el presidente del Gobierno explique el alcance de su entrevista con el dirigente de Alianza Popular. Así, las dos líneas políticas, que confluyen en la deliberada indefinición de ese sindicato de intereses que es UCD, empiezan a chocar abiertamente porque la situación del país requiere una dirección firme y clara. De momento, los socialdemócratas están en franco retroceso, sólo aspiran a mantener la presente ambigüedad, y los conservadores, en progresivo avance como se desprende de estos dos hechos.

Ello va paralelo, y los hemos indicado en más de una ocasión, a la imposibilidad de aplicar aquí y ahora una política socialdemócrata en España. Una cosa es aprobar leyes en el Parlamento y otra poder llevarlas a la práctica, como va a ocurrir en muy breve plazo en nuestro país. Este tipo de victorias pírricas, pan para hoy y hambre para mañana, no son las que entusiasman a la derecha. El penúltimo test negativo es la enorme conflictividad social que se avecina como consecuencia de intentar encajar en Madrid un pacto social nórdico de los que se negociaban, porque ya ni se negociaban, en Estocolmo, Bonn o Detroit. Lo que allí apaciguaba la lucha de clases, aquí va a agudizarla inexorablemente.

La socialdemocracia, en España, es un cadáver que huele a descomposición por múltiples razones que van desde las circunstancias político-económicas hasta las sociales e históricas, pasando por la coyuntura internacional.

Imponer un proyecto de corte socialdemócrata en medio de una fuerte tensión económica, social y política. Pues el asalto contra los reductos de poder de los socialdemócratas es consecutivo al inicio de su fracaso en el terreno social. Una política que, por mu-

llevaban al PSOE hacia la izquierda. Porque en estos tres años, ayudados por un Adolfo Suárez que ha ido corriendo de la izquierda a la derecha en la dirección que soplaban los vientos fácticos, hemos asistido a un gradual asalto al palacio de la Moncloa.

LA SAUDADE DE UNION DE CENTRO DEMOCRATICO



Ante la posible crisis de Gobierno, el combate entre los que suspiran por los fados de Sa Carneiro y los que intentan continuar la actual política es más intenso que nunca. En la foto, Fernández Ordóñez con el primer ministro portugués.

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

Los últimos mohicanos socialdemócratas

Quizá por ello, aunque muy probablemente guarde una intencionalidad dirigida, circulen rumores sobre la inminente caída de los últimos socialdemócratas que continuaron o entraron en el Gobierno para cubrir por la "izquierda" la defenestración de Francisco Fernández Ordóñez. La salida de Bustelo, Leal, García Díez y Arias Salgado —que aparecen con una etiqueta que difícilmente puede guardar relación con su presente político— constituiría el réquiem definitivo, a la vez que gratuito e inútil, del sector socialdemócrata de Unión de Centro Democrático.

Independientemente de que ocurra o no, lo cierto es que el combate entre los que suspiran por los fados de Sa Carneiro y los que intentan continuar la actual política contradictoria es más intensa que nunca. Intensidad estrechamente relacionada con las enormes y variadas dificultades que encuentra el Gobierno para

conseguir, relanza los movimientos de masa —o los despierta, como en el caso universitario— es completamente inservible para el bloque social hegemónico. Al contrario que antes en Europa, donde la socialdemocracia dividía realmente a la clase obrera y lograba ampliar la base social de apoyo del sistema, los inicios de esta política en España disminuyen el soporte del régimen —sin ganar por la izquierda pierde por la derecha— y unifica socialmente el conjunto de los trabajadores.

Para ser más precisos habría que remontarse a todo el itinerario de este combate entre las dos alas de UCD para comprender como, ni siquiera en los mejores momentos, quienes hoy están siendo hostigados pudieron evitar una serie de derrotas sucesivas que los han conducido a su actual situación: la no aplicación de los pactos de la Moncloa, la defenestración en dos tiempos del profesor Fuentes Quintana y de Francisco Fernández Ordóñez, los resultados de las elecciones generales, que empujaban a UCD hacia la derecha, y los de las elecciones municipales, que

Tres elecciones sintomáticas

Por ahora, la decisión final sobre la crisis está en manos de Adolfo Suárez, que además de optar por uno u otro camino, puede optar también por esperar un plazo prudencial o realizar una remodelación neutra. Es decir, tiene el camino abierto para seguir aplazando por muy poco tiempo la elección de una línea política clara, a menos que desee arriesgar su propio poder personal. Hasta aquí, la presión de un sector u otro no ha buscado ni busca desplazarle, sino "amueblarle el cerebro". Pero ocurriría lo contrario si el presidente del Gobierno cree que es útil para él aplicar la táctica franquista de dejar pudrir los problemas y ser árbitro de distintos clanes políticos sin entregarse al que sea hegemónico. En un sistema democrático formal, la autonomía de un dirigente político, sobre todo en épocas como la actual, sobre la clase social que defiende es muchísimo más reducida que la de un dictador.

De momento tiene una coartada para no pronunciarse: la doble elección de los Parlamentos autonómicos de Cataluña y Euzkadi, aparte la incógnita de si se celebrarán o no elecciones sindicales (se habla de su aplazamiento). Los resultados de estas dos o tres convocatorias electorales pueden influir considerablemente en la marcha del desarrollo de la crisis. El número de votos del PSOE, después de las consecuencias nada bizantinas de una polémica interna; la amplitud del electorado del PNV o de Pujol, o la desaparición de la incertidumbre sobre si van a aplazarse o no las elecciones sindicales (o sus resultados si se celebran) pueden salvar momentáneamente o hundir definitivamente a los socialdemócratas.

De cualquier forma, la sauda de UCD parece inevitable por la agravación de la crisis socio-económica, la polarización de la lucha de clases y la deterioración del clima político internacional como consecuencia del lanzamiento de la guerra fría por parte del imperialismo. Nadar contra corriente tiene un límite y hay que reconocer que los que van a morir en Unión de Centro Democrático —salvo que Dios acuda en su ayuda— han permanecido demasiado tiempo en las aguas agitadas del tremendo maremoto político que agita el sistema socioeconómico en el que nos encontramos. ■